

# *Una Noche con La Tota y Honey-Bee*

Estoy tan incómodo que no me puedo dormir, así que me apoyo sobre mis codos, tanteo la sombra en busca de la linterna y cuando logro encenderla veo que siguen imperturbables: a mi izquierda La Tota, durmiendo boca arriba y un poco más allá, apollinando de costado, Honey-Bee.

La Tota llegó con Slavtka hace unos días, manejando un auto de alquiler desde su ciudad de residencia. Desde que puso sus patas en BCN, acompañado por algunos de sus hermanitos como La Maga y El Oso Max, la casa está un poco revolucionada. A la Maga no se la vió aunque su presencia estuvo toda la semana y El Oso Max con sus pies de peluche y su ausencia de proporciones, apenas se hacía notar. Pero la Tota y Slavtka llenaron la casa y si bien tanto Honey-Bee y Linda, como Bonita y yo seguimos con nuestras actividades, tratamos de adaptarnos al ritmo frenético impuesto por nuestros visitantes (aunque sería injusto calzarle este sayo a Slavtka).

No te podría decir que pasó el Jueves. Supongo que la Tota habría arreglado algunas de sus giras de amigos. Pero si que el Martes, después que llegaron y morfamos tutti in sieme, después que las chicas se fueran a dormir, nos quedamos platicando con La Tota y Honey-Bee toda la noche, o casi toda si contamos como hora final a las 4 de la mañana. Whisky, tabaco, algún licorete y esas charlas de madrugada que no hay donde no hay amigos.

Lo que si recuerdo es que el Miércoles nos fuimos a hacer un picnic nocturno al Parc Guell, justo a la terraza encima del salón de las columnas, donde los asientos curvos de azulejos hacen fiordos y pequeñas calas para sentarse y a ver la Ciudad Condal completa, de cara al mar. Los Ilustres Visitantes habían tenido la delicadeza de comprar la xarcuteria más selecta en el Mercado de Sant Antoni: Jamón de Bellota, Jamón Serrano, Lomo de Cerdo, Xorizos y Morxillas, ajíes en vinagre, etc. Si a eso le sumamos un par de tintos y unas cervecitas de starters, más alguna patata frita, tenemos una noche de pikiniki de tomá y dame.

Quedamos los últimos (si descontamos a la parejita que se quedó garchando aprovechando la noche y la falsa intimidad que proveen los fiordos) y marchamos a paso lento, por la única salida abierta a esa hora, remontando la Cuesta del Carmelo hasta dejarnos caer en nuestra cama.

No sé si fue esa noche (o la del viernes cuando hicimos un asadito en la terraza) que me vi arrastrado por ese tipo de remolinos de vino que se produce cuando alguien tira de la cadena en una borrachera y no te puedes agarrar de ningún lado. Pero lo interesante no fue eso, sino el asadeitor comandado por el cirujano Honey-Bee, un vacío entero, tiras de asado cortadas anchas, la entraña por la que Slavtka dejó de comer el resto y otra noche apacible, viendo como el tiempo se va yendo mientras el carbón termina de crepitar y uno va fumando lentamente, dejando que la conversa nos vaya llevando lentamente.

Pero no fue el viernes, ni el lunes que La Tota y Slavtka emprendieron el regreso en su auto, sino todo el fin de semana que decidimos pasarlo fuera de casa, en alguna playa con camping o vemos, con los dos autos evitando los embotellamientos anunciados, eligiendo calas por el nombre, por el feeling, cuando nos olvidamos de todo, cuando dejamos de contar el tiempo, de hacer cuentas, de pensar en dentro de un rato.

Partimos cuando pudimos, sin apuros y encarando la ruta hacia Tarragona. Honey-Bee llevaba el timón del auto con AA, mientras yo estaba al mando de la voituré sin aire, y navegado por Mi Bonita que dibujaba con su dedo nuestro futuro inmediato en el mapa de carreteras. Rio Abajo. Fuimos Rio Abajo dejándonos llevar por la pendiente de la ruta, sin pisar el acelerador. Apenas doblando o esquivando autos hasta aparcar, por ejemplo, en Como-Ruga, lugar que a la Tota le pareció que tenía un nombre que hacía imposible dejar de visitarlo. Y si bien no era la cala ronde re-calamos al otro día, las playas estaban dotadas de una generosidad nada despreciable, de algunas olas (algo casi inimaginable en el Mediterráneo) y de grupetes de esas Palmeras que Honey-Bee desprecia por no formar parte de su entorno natural, pero que en ese momento nos proveyeron de una sombra más que apropiada para dar cuenta de los sanguchitos de vacío frío que habían sobrado de la noche anterior. Y para dormir la siesta.

Aunque siesta siesta, es la que nos dormimos en esa cala cerca de La'Ametlia de Mar, al otro día y después de dejar no solo el camping de L'Ampolla, donde desayunamos huyendo del calor de las carpas y ansiando mar, sino después de recorrer la tierra seca por un camino tan angosto que parecía una grieta más, abierta entre cercas de piedra y campos de olivos. Ese mar de cala donde el agua era verde profundo y podíamos entrarle o por la arena de frente o las piedras de costado. Y donde todos terminamos inevitablemente haciendo snorkel en las rocas con las antiparras y el tubito que La Tota le hizo a La Maga y durmiendo en la arena blanda cuando cayó la sombra (mucho mas blanda que el piso de la carpa. Mas fresca, menos chivada)

La playa que no me gustó fue la del sábado al atardecer, después de instalar la carpa y mientras nos hacíamos la cabeza con la paella que nos íbamos a clavar a la noche. Piedras grandes, filosas, taimadas, cubiertas de algas y de saña. De mala leche. Nadamos, sí. Con las ojotas en la mano y esquivando a piedras traicioneras que solían crecer cuando parte de tu cuerpo había pasado y te emboscaban sin remedio. Terminamos todos heridos, aunque no tanto como cuando decidimos pegar la vuelta. Habíamos ya morfado en L'Ametlia y atracado en otra cala que se fue llevando lo poco que quedaba de luz. Teníamos el cuerpo lleno de sal y heridas. Hasta un poco de hambre que mitigamos como pudimos con unos mates fríos y unos cruasanes de grasa. Nos quedaba la ruta de noche por delante. Nada mas fatigador que saber que la tenés que manejar. Y encima sin la perspectiva de la paella que nos comimos la noche anterior.

Honey-Bee y su ojo clínico habían detectado un lugar que prometía. El punto era Paella o algo por el estilo aprovechando la cercanía con Valencia y el deseo manifiesto de Slavtka de hincarle el diente al arroz en algunas de sus formas. Pero el lugar prometía tanto que no había lugar, al menos al aire libre que era donde la noche nos reclamaba. Y del collar de restaurantes a orillas de la marina, solo había mesas en el Club Náutico, donde La Tota y su vincha encararon reclamando una y el mosaico les espetó que las veintipico que a esa altura de la noche estaban mas vacías que tus sueños, en realidad estaban todas reservadas para gente mas importante. Por suerte, después del clásico numerito de entrar y salir de restaurantes, buscando lo que no había y no conformes con lo que nos ofrecían, aun cegados por el resplandor del primer lugar, encontramos una mesa en el restaurant de un hotel que, si bien no era al aire libre, tenía cierta vista. Y donde pudimos degustar no solo la clásica paella de mariscos, sino también un arroz negro y una fideuada, todo apropiadamente regado con un blanquecino frutado que no defraudaba y cerrado con un café que si bien no era italiano,...

Pero la noche se agotaba después de un día completo al sol, y el camping se nos ofrecía como el único destino para esa noche. Un zoológico de carpas y casas rodantes al lado del boliche mas grande de la ciudad. Un grupete de guitar's players al lado, los padres de Borja atrás, la parejita de niñas danesas enfrente y nuestras dos carpas: una para Mi Bonita, Su Linda y Slavtka, y la otra para La Tota, Honey-Bee y yo.

17 de Agosto de 2005, Pablo Balenzuela